

la brecha. Ahora sólo falta que ella nos dé la prometida edición crítica de las poesías y ojalá —¿por qué no?— también la de la *Miscelánea austral* en su conjunto. ¿Quién mejor preparado para hacerlo que ella misma?

MARGIT FRENK

Instituto de Investigaciones Filológicas.

LUIS SAAVEDRA, *Clarín, una interpretación*. Madrid, Taurus, 1987; 362 pp.

Estamos ante un libro de gran interés, que aborda la obra y la personalidad de Clarín desde muchos ángulos, unos completamente nuevos, otros —ya tratados—, con un enfoque diferente, que es siempre penetrante, atrevido, directo.

Aunque el segundo capítulo, "Criados indiferentes", podría producir la impresión de que estamos ante una interpretación sociológica de la obra de Clarín, tal impresión no se verifica en el resto del libro. En general es un excelente estudio en el que se van siguiendo los avatares de la vida del escritor, relacionándolos siempre con su creación. Me parece que esto es uno de los grandes aciertos del libro, el cual, aunque nunca trata de ser un estudio psicológico, reúne buena cantidad de datos importantes, suficientes para llevar a cabo una investigación de esa naturaleza.

El enfoque es muy ambicioso. Se retoma, con diferentes puntos de vista, toda la obra de Clarín, desde las grandes novelas (*La Regenta*, *Su único hijo*), hasta artículos, cuentos, cartas, etc., siempre con excelente documentación y con un buen conocimiento tanto de la producción clariniana, como de lo que sobre ella se ha escrito. Del mismo modo se va recreando la situación sociopolítica que a Alas tocó vivir, marco importante

res o erratas: p. 95, n. 19, "*Jardín de flores de Timoneda*", léase Torquemada; "o en los que llamarse *Coloquios satíricos* nos colocarían desde 1553..." (?); p. 127, l. 3, ¿por qué "sic" tras "hinche"? p. 146, l. 25, "éjido poético" (?); p. 151, "Después de sus cabellos me enlazaron", por "Después que..."; p. 191, falta un verso en el segundo cuarteto del soneto de Serafino Aquilano; p. 199, abajo, "ya lo había podido leer Equícola", ¿por "en Equícola"? Aquí y allá faltan algunos acentos; el uso de mayúsculas y, a veces, de la puntuación refleja costumbres estadounidenses.

para comprender muchas de sus actitudes vitales, las cuales fueron determinantes en su existencia y en su obra.

Algunos enfoques con que Luis Saavedra atalaya ciertas obras de Clarín parecen un tanto forzados. Ciertamente el escritor tuvo grandes y loables preocupaciones sociales, pero, al mismo tiempo, nunca dejó de ser un miembro de la burguesía ovetense (como muy bien señala el autor), y, de este modo, la mayor parte de sus preocupaciones sociales se quedaron en el universo de lo utópico más que en la praxis. Por todo ello, no creo que *La Regenta* haya nacido “de su oposición a los valores que representan sus personajes centrales” (p. 60) ni que, en esta ocasión, escribiera “contra los dominadores”. Es cierto que sí escribe, en esa novela, contra Mesía, Víctor Quintanar, Fermín de Pas, etc., verdaderos “dominadores” pero en el mismo grupo quedaría Ana, que es “dominadora” y tal vez la más fría e indiferente para los oprimidos (los criados en este caso), y contra la cual no escribe Alas. No creo que Petra, la criada lúbrica e intrigante, que Luis Saavedra toma como modelo de oprimida y de vengadora después, tenga tanta importancia para Clarín. Según Saavedra, “su relevancia es tan grande, que el drama final en que termina la historia depende absolutamente de la voluntad de la criada Petra” (p. 63). Esta afirmación parecería sobrepasar las intenciones del propio Clarín, que señala muy tajantemente a Fermín de Pas como el autor intelectual de los hechos, y a Petra como un simple instrumento suyo: “¿No necesitaba un instrumento para luchar, para hacer daño? Aquel [Petra] era el único que tenía”... “cuando Petra salió de casa del Magistral, éste sitió dentro de sí un hombre nuevo; el hombre que hería de muerte por venganza, el criminal, el ciego por la pasión, «el asesino, sí, el asesino; la otra era su instrumento, el asesino él»”¹.

Algo semejante ocurre con la figura del minero —también en *La Regenta*—, que según el autor “no es descrito como un ser taciturno triste y pasivo, sino como un individuo alegre, dinámico y engañado por las recompensas materiales” (p. 62); pero que según la descripción del capítulo XV, dedicado a la infancia-juventud de Paula Raíces en un pueblo minero, es un individuo muy diferente: “Aquellos hombres que salían de las cuevas negras, sudando carbón y con los ojos hinchados, adus-

¹ LEOPOLDO ALAS, *La Regenta*. Barcelona, Biblioteca Arte y Letras, 1885, tomo II, pp. 508 y 509-510.

tos, blasfemos como demonios" (*La Regenta*, I, p. 499); "El espectáculo de la ignorancia, del vicio y del embrutecimiento [de los mineros] le repugnaba hasta darle náuseas" (*id.*, p. 508), etcétera.

El capítulo III, titulado "El género de la libertad" (los títulos son muy atractivos, aunque a veces no dan idea cabal de lo que el capítulo contiene) es, al mismo tiempo, rico e interesante. Se refiere a las ideas literarias de Clarín; su entusiasmo por el naturalismo, que después se fue esfumando, sus preferencias —y sus fobias— literarias, su concepto de novela, el papel de la crítica y, cómo no, la situación cultural de su tiempo. Una frase de Clarín, apuntada en este capítulo, me parece digna de ser subrayada: "En el arte hay que dejar mucho a lo que ahora se llama inconsciente" (p. 145). Tomar esta idea para analizar las obras de Alas sería de gran interés. El capítulo es tan denso y contiene tantos elementos valiosos, que algunos epígrafes (como hay en el siguiente) ayudarían a su mejor degustación.

El capítulo IV, "Una tregua de Minerva", es excelente también. Se refiere, fundamentalmente, a la vida de Clarín en relación con la política de su tiempo, y en general con la vida sociocultural de la España de entonces.

Las grandes mujeres de Clarín, Ana, Emma, Berta, además de alguna que no fue "suya" precisamente, como Emilia Pardo Bazán, constituyen uno de los grandes temas del capítulo IV, "Mujeres y ángeles". El repaso que se hace de *La Regenta* me parece algo superficial, sin quitar ni poner nada de lo que tradicionalmente se viene diciendo, ni profundizar en los problemas de la obra. Por ejemplo, se sigue sosteniendo la idea de que la colectividad que rodea a Ana es la que la vence (p. 202), idea perpetuada por la crítica, pero que, bien pensada, sería inaceptable. Ana es, en realidad, víctima de una educación nefasta, origen de su propia patología; su lucha no es con el mundo que la rodea, sino una lucha interna contra sus propios impulsos y exigencias vitales inaceptables. Lucha que le lleva al borde de la locura y que le hace inclinarse hacia un extremo u otro según su circunstancia psíquica.

Tampoco considero bien vista la figura de Fermín. No me parece su sexualidad "selectiva" (p. 207), sino más bien seleccionada por su madre, ni su "ardor lujurioso" (p. 207) sobresaliente, ya que lo tiene bien controlado hasta que Ana aparece en su horizonte. Su enamoramiento de la Regenta se

produce muy a pesar suyo y supone, por primera vez en la vida del religioso, un amor completo, que conjuga la violenta atracción física con la admiración espiritual. El hecho de que este hombre hasta los treinta y cinco años de edad no haya sido capaz de experimentar esa clase de amor, sino únicamente “desfogos de la lujuria”, es una buena prueba de su inmadurez.

Tampoco creo que la caracterización de Víctor Quintanar, como un virtuoso caballero de “cartón-piedra”, como un hombre de “vida gris y verdaderamente ridícula” (p. 210) sea exacta. Después de los dos protagonistas, es la figura más humana y mejor creada de la obra, con sus pequeños placeres egoístas, que lo hacen feliz, sus pequeñas perversiones, sus fantasías (bastante agresivas en el fondo), pero con una gran dignidad final y un tierno afecto por su mujer, no constante, pero definitivo.

El último inciso del capítulo, “Leopoldo y Ella”, es excelente y plantea de manera magistral el enigma de los sentimientos eróticos de Clarín. Señala el autor que “las parejas literarias de «Clarín» no son como la suya” (p. 245). ¿Qué oculta su matrimonio “perfecto”? (Algo semejante me he preguntado en varias ocasiones acerca de Gabriel Miró, una figura con algunas semejanzas —aunque también diferencias— con Alas). No hay duda de que las mujeres ignorantes le irritaban, pero las mujeres “cultas” que aparecen aquí y allá en sus obras aún le molestan más. Observación que queda perfectamente demostrada en su artículo “Las literatas”, donde define a las mujeres letradas como feas y asexuadas, sin remedio alguno. Y lo más interesante es que Clarín no se da cuenta de que con esta postura se convierte en un típico representante de Vetusta, como los que condenaban a Ana por sus veleidades literarias. Los sentimientos del escritor hacia las mujeres van un poco en el mismo sentido de “amor-odio”, parecido al que experimentaba hacia los escritores —masculinos— de su tiempo (p. 229).

Muchos otros temas se tocan en este excelente libro: la relación de Alas con los krausistas, su postura como universitario y su rechazo a los catedráticos corrompidos, su polémica con los anarquistas, etc. Muchos de ellos reflejados en cuentos que, si no son lo mejor de su producción, sí son enormemente significativos de los estadios sentimentales que el escritor iba experimentando.

Del mismo tono es el último capítulo, tal vez el más valioso de la obra. Se refiere a los últimos años de Clarín, vencido ya por la enfermedad, aislado socialmente, acosado por las dudas

religiosas e invadido por el temor a la muerte. Como patética prolongación de su vida, el trágico fin de sus hijos, uno fusilado por las tropas franquistas, el otro abjurando de las ideas de su familia en repulsivos panfletos.

Los relatos últimos de Clarín reúnen su propia historia de una manera "absolutamente sincera", con "desnudez franciscana" y en "un recogimiento íntimo y auténtico" (p. 335). Y, lo que aún es más interesante, regresa en ellos a dos temas que le habían obsesionado constantemente: el adulterio y la muerte del hijo.

PACIENCIA ONTAÑÓN DE LOPE

Facultad de Filosofía y Letras.

MARÍA ESTELA FRANCO, *Rosario Castellanos. Semblanza psicoanalítica*, México, Plaza y Janés, 1984; 188 pp.

Como es bien sabido fueron los psicoanalistas discípulos de Freud los primeros que iniciaron la crítica literaria siguiendo el modelo que su maestro había establecido al hacer el análisis de *Gradiva*, de W. Jensen. Forma de crítica que pronto se extendió en el dominio de las letras francesas e inglesas, pero que, por motivos no bien determinados, nunca ha tenido gran desarrollo en las letras hispánicas.

Por ello es importante, y ojalá sea simbólica también, la aparición de una obra de crítica literaria hispánica llevada a cabo por una psicoanalista, utilizando como instrumentos de análisis elementos de la psicología en general y de la psicología freudiana más particularmente.

Abordar la obra de Rosario Castellanos, sin duda apasionante, no es tarea fácil. La creación de la escritora, donde ella misma tiene un lugar sobresaliente, que es, al mismo tiempo, entrega y enigma, entraña serias dificultades. Parecería que el psicoanálisis es el mejor instrumento —si no el único— para llegar al fondo de todo lo que esta artista expresa.

La doctora Franco, para vencer dificultades e interpretar más profundamente la obra, acude a la esencia misma de la creación, la biografía de la escritora, no sólo la conocida, sino la que ella misma va trazando a lo largo de sus páginas, consciente